



◆ EDUARDO ANTONIO PARRA

RETORCIENDO LENGUAJE

[LETRAS AL MARGEN]

Maestro indiscutible en el ejercicio del relato breve, género en el que ha publicado volúmenes tan importantes como *Los ángeles enfermos* y *La banda de los enanos calvos*, que bien pueden ser considerados clásicos de las letras mexicanas, Agustín Monsreal dio en 2016, al cumplir los 75 años de edad, un libro que desde su presentación en la portada ya despierta cierta polémica. En ella, después del título, *Mamá duerme sola esta noche*, viene la leyenda “novela”, aun cuando su autor afirma que se trata de un cuento, y de

que en varias ocasiones ha declarado que se mantendrá siempre fiel al género, esto es, sin escribir novela. La contraportada del libro, que lleva el sello de la casa editorial Jus, habla por su parte de dos relatos, uno muy breve y otro muy largo, por lo que su autor insiste en que se trata de un libro de cuentos. Muy bien. Pero, ¿lo es en realidad? Todo indica que sí, como veremos líneas más adelante.

El primer relato de los dos que conforman el volumen lleva por título “Reencarnación” y sólo contiene cuatro palabras (por lo cual

no es conveniente citarlo en este comentario), extensión que lo ubica entre las ficciones más breves de la lengua española. No obstante, esas cuatro palabras le sirven al autor para establecer el tono humorístico que predominará a lo largo de las páginas restantes, y además muy bien podrían ser el cierre, o el colofón, del relato largo. Ello le otorga al libro, aunque suene raro a causa de sus características, unidad y solidez. El segundo relato “Mamá duerme sola esta noche” es el susceptible de levantar polémica.

Aunque sabemos que la extensión de un relato de ficción no es determinante para decidir si se trata de un cuento o de una novela, pues ambos géneros poseen leyes propias que tienen que ver con su estructura y desarrollo, muy poca gente consideraría una historia desplegada a lo largo de casi 170 páginas como un cuento. Son, si no me equivoco, más que las que tiene, por ejemplo, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, la novela más importante de nuestra literatura. Y, sin embargo, todo parece indicar que, en efecto, sí es un cuento. ¿Por qué?

La historia inicia con un grupo de compañeros de oficina que, luego de la jornada laboral, se preparan para correrse una buena parranda con el pretexto de que esa es la noche previa al 10 de mayo y por lo tanto cada uno tiene que llevarle serenata a su “madrecita santa”. Cuando los más entusiastas ya están listos, se dan cuenta de que la mayoría ha desertado del plan, por lo que tendrán que irse ellos solos. Son cuatro: Tito, Albino, el Oruga y Bernabé, a quienes seguiremos durante las páginas por el resto de la noche. Los amigos llevan a cabo la primera parada en un cabaret con ficheras, donde pasan un rato poniéndose a tono, y de ahí salen rumbo a Garibaldi en busca de un mariachi para ir a visitar a las “madrecitas”. Hay nuevas desertiones conforme el alcohol hace estragos en el entendimiento de los protagonistas y, al final, una tragedia que no es posible adelantar. De este modo, tenemos que los personajes son muy pocos. A pesar de que nos topamos con las ficheras y prostitutas del cabaret, con los músicos, con la muchedumbre que atiborra la Plaza de Garibaldi y con algunos miembros de las familias

de ellos, los principales son tan sólo cuatro, y están unidos todo el tiempo. La historia, a pesar de las múltiples peripecias que hay en ella, es una sola, con lo que el relato cuenta con lo que desde tiempos de Aristóteles como “unidad de acción”. Se podrá decir que no existe en el texto la “unidad de espacio”, debido a que los protagonistas viajan en auto toda la noche y visitan diversos lugares, y sí, lo hacen, pero desde la perspectiva de quien esto escribe lo que dota al relato de esta característica es la urbe, la Ciudad de México, a la que personajes y narrador declaran su amor, su fidelidad, su preocupación por ella una y otra vez, y que queda plasmada con gran fidelidad en las páginas del libro:

(Ah, ciudad sota mía, conforme creces y te multiplicas te vas convirtiendo cada vez más en tristeza, en desesperanza:

ya no hay nada ni nadie que te pueda salvar, nadie siquiera que te pueda cuidar como se debe:

¿quién te cuidará de mí, de nosotros?:

¿quién te podrá poner a salvo?

Ah, ciudad sota, te tumbaron en el catre, te birlaron la inocencia y te dejaron suspirante suspicaz.

El águila en su nopal, de tan dolorida por lo que ve, sangra infinitamente.

Un gigantesco espacio negro ocupa el lugar de la conciencia.) (pp. 66-67).

Además, “Mamá duerme sola esta noche” está escrito con precisión de relojero, con esa capacidad de concisión que le ha dado a su autor pasar toda una vida en la escritura del cuento. Pero si es un relato conciso, ¿entonces por qué las casi

170 páginas?, podría preguntar cualquiera. La respuesta se advierte en la cita anterior, en su lenguaje y la disposición de las palabras: el autor ha escrito un cuento, pero también algo muy cercano a un poema. No sólo porque, en vez de acomodar las frases en sucesión hasta llenar los párrafos, las corta en algo semejante a versos siguiendo un ritmo interno peculiar, sino porque la mayor parte de las palabras se agrupan en metáforas e imágenes, en retruécanos y derivaciones verbales que convierten una historia en apariencia corta y sencilla en una verdadera fiesta del lenguaje, con estallidos y luces artificiales. Sí, en este texto Agustín Monsreal no dice nada de modo llano y directo; al contrario, ha forzado la lengua española, la lengua mexicana, a que diga más de lo que por lo regular denota, retorciendo los términos, volteándolos como calcetines viejos para encontrar, del otro lado, un colorido distinto, novedoso, chispeante, para la vista y el oído. Para muestra, este fragmento de cuando los amigos recién llegan al cabaret:

Más tardó el volandero mesero en apersonarse con la caña y las cocas que un conglomerado de moscascas antes meretrices en arrancarse desde la pista y aterrizarse encimosas papaciteándolos, papichuleándolos, desproporcionando para ellos el claro clamoreo de sus risas y sus ya muy bregados encantamientos que

(suponemos)

hicieron época dorada y causaron no pocos furros con refulgencia de sus ampulósidades hoy caídas en tan pirujera desgracia:

enfundadas cual legendarias sirenas del mar muerto de ansiedad en entallados vestiditos destacados

por igual de las poquísimas encantadurías bien ubicadas que de las harritas sobranteces que se les desparramaban impúdicas y lastimeras. (pp. 24-25).

Como podemos ver, la precisión no se ubica en este caso en la llamada “economía de lenguaje”, sino en su opuesto. El autor establece las líneas y quiebres del relato, las escenas, los goznes y los climas, con trazos rápidos, cortos y desnudos, pero al narrarlos acude a lo que nos atreveríamos a llamar un mexicanísimo gongorismo, echando a volar la poesía, dejando que suenen los ritmos y bombardeando nuestras pupilas con multitud de líneas y colores. Además, si no hay “economía de lenguaje”, sí la hay en lo que respecta a la construcción de la trama, pues en todo el cuento sólo son necesarios cuatro *flash backs*, uno por cada protagonista, para que sus personalidades y sus biografías le queden claras al lector.

Mamá duerme sola esta noche presenta asimismo un retrato fiel del mexicano, sobre todo del mexicano en plan de fiesta, que por mucho que los años pasen y los tiempos cambien sigue siendo idéntico desde muchas décadas atrás. Del mexicano que se burla de los demás, pero también y sobre todo de sí mismo. Como se señaló al inicio de este comentario, el humor es fundamental en este volumen, se mantiene desde la primera hasta la última página. Pero por debajo de las vibraciones humorísticas laten el drama, la tragedia y la crítica dirigida a una sociedad que parece haberse quedado anclada en una eterna adolescencia. A lo largo de cada una de las escenas, el narrador desliza sus reflexiones y nos muestra el interior de los personajes con todos

sus defectos, sus tribulaciones, sus fantasmas. Si por fuera se divierten, en su interior carga cada cual su infierno: el complejo de inferioridad, el machismo arraigado muy adentro, la incapacidad para construirse una vida mejor, las traiciones, los rencores que por momentos salen a la superficie, la frustración de la mediocridad, la tristeza perpetua, la obediencia obligada:

(Y ellos cuatro:

¿huérfanos de qué serían?:

pues de todo ha de ser:

porque cuando los metieron a las rebatingas del mundo ya todo estaba muy sucio, muy zarandajoso, muy resignado:

nada de levantar polvaredas, ¿eh?, les enjaretaron con hierro fundido en el centro del cerebro, nada de embravuconar olas:

construccionar todo esto para ustedes nos ha costado muchísima trabajosidad, hartísimo sudor y mocos, inenarrables sacrificios:

así que cuidense bien de colocarlo en entredicho con rebeldías ni locuras:

aprendan a ser sumisos, acaten las palabrosidades de sus mayores, respeten su voluntariosidad y todo marchará sobre ruedas:

prohibido pensar, salirse del huacal, chistar siquiera:

y por eso es que andaban pediguñeos de una sola verdadcita que colgarse en el costado izquierdo del pecho, pegándose de frentazos contra las esquinaduras de la existencia, aporreándose a lo loco, sin ton ni son, descarrilando por lo más tobogán de la existencia, pasando de largo y sin afincarse en nada, ignorantemente, sandezmente, lloriqueantemente.) (pp. 95-96).

Mamá duerme sola esta noche es, en fin, un libro de cuentos que puede ser confundido con una novela, pero también es una historia llena de humor y drama, un reflejo de nuestra idiosincrasia, una crítica a las condiciones de vida de los mexicanos, condiciones que nos han heredado nuestros ancestros, una mirada irónica y a la vez comprensiva de nuestra realidad. Es, también, una feria de las palabras. Una muestra de cómo, cuando se conoce bien la lengua española, sobre todo la lengua española hablada en este país, se le puede retorcer, estirar al máximo y encontrar en ella nuevos sonidos, nuevos significados, ritmos inéditos capaces de plasmar la existencia contemporánea. Y es, por último, un libro maduro, donde un autor como Agustín Monsreal, que ha pasado la vida entera jugando con las técnicas y las estrategias narrativas, nos demuestra que es posible escribir un producto literario de gran calidad sin dejar de divertirse ni un momento. ◆

